

lector ¿y eso es embuchado? No, por cierto; eso de anunciar barbaridades es corriente en los profetas. El embuchado le señalo en el versículo XIV de este capítulo XVI también, donde dice:

«Y si estuvieren en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job...»

Daniel, lector amable, no profetiza hasta después que se le acaba la hebra á Ezequiel; pero aunque le fuese coetáneo ó anterior: ¿qué orden cronológico es este de colocar á Daniel entre Noé y Job, que, cuando Daniel andaba en la cueva de los leones, hacia muchos, pero muchos, años, que habían entregado á la madre tierra el uno la boca con que se emborrachó, y el otro la piel que tanto tuvo que arrascarse con las uñas?

Pues ve ahí el embuchado.

Tras el embuchado, viene esta tontería:

«Hijo de hombre, ¿qué se hará del árbol de la vid, más bien que de todos los árboles de los bosques, que están entre los árboles de las selvas? (Ni la vid es propiamente un árbol, ni los árboles de los bosques se diferencian de los de las selvas). ¿Por ventura se tomará de ella un palo para hacer obra, ó se labrará una estaca para colgar de ella cualquiera trasto? (Mejor tradujera el P. Scio cualquier trasto.) He aquí que fué dado al fuego por cebo: las dos partes de él consumió el fuego, y lo de en medio de él se redujo á pabesa: ¿por ventura será útil para alguna obra?»

Tantas palabras huecas y vanas sobre un miserable sarmiento, y otras que no copio, sólo valen para establecer la sandia comparación de que el pueblo de Israel, como tal sarmiento, no sirviendo para nada útil, será consumido y trastornado.

Y los sueños y dislates de ese pueblo sarmiento traigan todavía zarandeada la humanidad en

materias religiosas, ¿no está indicando claramente la necesidad urgentísima de pasar una esponja sobre el presupuesto de culto y clero, en que esos sueños y dislates toman el cuerpo real y efectivo de 142 millones de reales sacados del bolsillo de los españoles?

Si, ¡vive Dios! aunque D. Emilio Castelar, después de oír contritamente su misita de católico advenedizo y librepensador avergonzado, nos amenace con un discurso buñuelo, de esos en que revuelve á Bismarck con las seguidillas gitanas, y prueba con la Eta y el Pelión, cubiertos de opalinas nubes, que la patria de Numancia y el Cid, de José María *el Tempranillo* y de *el Mertuza*, está condenada á sufrir los desafueros de su caduca elocuencia y gozar las bienaventuranzas de un remado casi secular de D. Alfonso XIII de Borbón.

LXVIII

Castelar, harto de darnos la lata á los republicanos españoles con la evolución superorgánica, que ha venido á parar en una misa oída por el gran tribuno—como hemos convenido en llamarle—allá en tierra de Alicante, y en una docena de votos en favor de Sagasta cuando la ocasión se presenta en el Congreso, les está dando ahora la misma lata á los republicanos franceses, oficiando de grande hombre en París, para decir las más grandes vulgaridades que han hecho funcionar el telégrafo eléctrico en los últimos veinte años.

No menos aficionado á dar latas que Castelar es Ezequiel; pues hoy se nos descuelga el bueno del profeta con una carta, ó lo que sea, de 63 versículos justos y cabales, en que pone á Jerusalén en figura de mujer, como ponían nuestros antiguos alcaldes corregidores á las mozas del partido que se desmandaban; esto es, en cueros vivos, para darlas azotes sin estorbos de faldamenta.

Pero antes de descargar el azote, el pícaro del profeta se permite reerar la vista sobre la desnudez de su víctima, diciéndonos cándidamente que fué hecha grande, y en trastes, y llegastes á los atavíos mujerieles: se abultaron tus pochos y brotó tu pelo, sobre cuyo último extremo, por si pudiera quedarnos duda acerca de lo que se trata, pone una nota el P. Scio, en que dice textualmente que significa haber llegado la muchacha á la edad de la pubertud.

Esta mocita, que cubre con su manto el que habla, así que se hace moza resulta una perla, como puede deducirse de las siguientes hazañas que de ella nos puntualiza Ezequiel.

«Más confiada de tu beldad, fornicaste en nombre tuyo; y espusistes tu fornicación á todo el que pasaba para ser de él. (v. XV).»

«Y te fabricaste un burdel y te hiciste una ramera en todas las plazas. (v. XXIV).»

«En todo cabo de calle levantaste una señal de tu prostitución: é hiciste abominable tu hermosura: y abristes tus pies (el pie es el extremo de la pierna) á cuantos pasaban y multiplicastes tus fornicaciones. (v. XXV).»

«Ni fuistes como ramera que con el desden aumenta el precio. Sino como mujer adúltera, que además de su marido da entrada á los extraños. Y á todas las rameras se dan pagas; más tú diste pagas á todos tus amadores; y les dabas dones para que de todas partes entrasen á fornicar contigo. (vs. XXXI, XXXII y XXXIII).»

El lenguaje profético no puede, como se ve, ser más naturalista; lo que tiene entre otras ventajas para la descatolización de incautos, la de ahorrarme á mi comentarios:

Esto, Inés, ello se alaba,

No es menester alaballo.

Como no necesita alabarse la mansedumbre y longanidad del marido de esta mujer, no

otro que al propio y mismo Jehová, que al fin del capítulo exclama:

»Y yo me acordaré de mi alianza contigo en los dias de tu mocedad; y renovaré contigo una alianza eterna.»

¿No está pintiparado el marido aquel del cuento, que decía: «Señor, si me caso, que mi mujer no me la pegue; y si me la pega, que yo no lo sepa; y si lo sé, que no me importe?»

En el capítulo XVII, Ezequiel se permite proponer un enigma y contar una parabola; pero como ambas á dos cosas, si por a caso no son una sola y misma tontería, resultan soporíferas y modorrescas, con que Carulla las haya puesto en solfa obtuvieron bastante honor, para que yo entre ahora á comentarlas, máxime viniendo tras ella un refrán en acción que se me antoja tiene por sí solo más trastienda y truchimancería que el enigma y la parabola juntamente.

Los padres comieron el agraz y los hijos sufren la dentera. He aquí el refrán, contra el cual echa ternos y votos Jehová, manifestándose amoscado contra sus inventores; pues él, dice, no es un Dios botarate y alocado que hace pagar á justos por pecadores, sino persona razonable y equitativa, que al que se le humilla le alza y favorece, guardando sólo los estacazos para los soberbios que se le plantan en su camino.

Como ya tengo anotado que Jehová, así como se hacía el sordo de conveniencia en ocasiones, padecía frecuentes epilepsias cerebrales que lo perturbaban la memoria, el lector no extrañara que en este pasaje el Dios de los judíos se olvide de lo que escribió en el Denteromio sobre las ternas y cuartas generaciones de los perversos, á quienes hacía cargar con el mochuelo de los pecados preteritos.

En seguida Ezequiel, que entendia de varias gerigonzas, se echa á cantar un canto tenebre, en que anda una leona con dos crías, que le sa-

len hueras, pues una se la amarran con cadenas y la otra se la enjaulan: todo ello, por supuesto, con una fuerza simbólica de cuatrocientos caballos de vapor.

Digo de vapor, y no de carne y hueso, porque en el último versículo *sale fuego de una vara de una vid*, ó séase sarmiento, con el cual zurra el profeta á unos ancianos que vienen á consultarle en el capítulo siguiente, y prende fuego á un *bosque del Mediodía*, que arde como si fuera de yesca y estuviera en aquellos tiempos y países (cualesquiera que ellos fuesen) el servicio de incendios tan perfectamente organizado como se encontraba al advenimiento de Andresillo Mellado el Ayuntamiento de Madrid, por obra de no sé quien y gracia de Doña María Cristina, Reina de las Españas y sus Indias.

Ahora me encuentro el verbo *destilar*, encajado de tal manera en una oración primera de activa, que me deja sospechar si Ezequiel echaría de su cuerpo las revelaciones que le hacía Jehová, como echamos los demás mortales no proféticos el moco en un resfriado de cabeza.

Hijo de hombre—dijole el Señor—*pon tu rostro á Jerusalem y DESTILA hacia los santuarios...* en cuya porquería va envuelto un problema geodésico, más difícil de resolver de lo que puede imaginarse un creyente en la infalibilidad papal, cual es la determinación de la Meridiana. Pues digo yo, que para volverle Ezequiel en Babilonia la cara y no lo opuesto á ella á Jerusalem, por fuerza había de saber á punto fijo en qué parte del horizonte caía la ciudad maldita; y esto me temo que ni Ezequiel ni el paciente Job, ni el propio Melquisedech, que es el que trajo las gallinas bíblicas, supieron hacerlo, privados como se vieron del concurso del general Ibáñez, persona absolutamente indispensable para eso de los puntos cardinales, que si quisiera podría

decirnos cómo por esas provincias de Dios, hasta que él ha puesto el Norte bajo la estrella polar, muchos católicos le colocaban arrimado á las Siete Cabrillas, que hacen de rabo en el empleo que llamamos cielo.

Pero dejando á un lado esto de *destilaciones*, oigamos á Jehová echar de su boca sapos y cullebras.

Heme aquí (Jerusalen) contra ti, y sacaré mi espada de su vaina, y maturé en ti al justo y al limpio. Por si acaso, lector, te horrorizas de un Dios que mata á los justos, copiaré la poderosa razón en que ese Dios se apoya para hacerlo. ¡Atención!—*para que sepa toda carne que yo el Señor, saqué de su vaina mi espada irresistible.*

—Reconoce usted que su hijo de usted era bueno, honrado, laborioso—decía un fiscal á un reo—que no le había dado ningún motivo de disgusto; siendo esto así, ¿por qué le mató usted tan alevosamente?

—Se me había puesto entre ceja y ceja hacer una barbaridad grande, y la hice. Así sabrá la gente de una vez quién es Calleja.

Lindezas que Ezequiel nos cuenta que hicieron los judíos, buena gente, pero buena, como elegida de Dios para el servicio de su Santo Templo de Jerusalem. Oído:

«Descubrieron las vergüenzas de tu padre en »medio de ti, y humillaron en ti á la mujer en el »tiempo de su menstruó. Y cada uno hizo cosas »abominables con la mujer de su prójimo, y el »suegro violó á su nuera feamente, el hermano »oprimió en medio de ti á su hermana hija de su »padre. Precio recibieron en ti para derramar »sangre, tu recibiste la usura y el logro, y por »avaricia calumniabas á tus prójimos.»

Nada diré de esta canalla adoradora del verdadero Dios, los niños mimados del Altísimo, en cuyo beneficio exclusivo tantos milagros fueron

nechos: solo quiero observar, ó mejor dicho, que observes por tí mismo, lector, la veheméntísima inclinación de Ezequiel, así como de los otros profetas, á emplear con preferencia imágenes relativas al sexo bello, y á decir porquerías y más porquerías respecto a las mujeres. Apenas las acabamos de ver desnudas al llegar á la pubertad y plantando un chamizo en cada cabo de calle en la edad adulta, nos las presenta ahora súcamente ocupadas en cazar en tiempo de veda. ¿Y que esto se lea? ¿Y que con estas marranadas quieran armonizar la ciencia moderna y el progreso social esos cardenales inverosímiles, que nuestro apreciable colega *El Resumen* nos muestra allá en el Vaticano cabildeando para elegir un papa liberal cuando se muera el octogenario León XIII?

Como el soplar y sorber no puede ser, no puede ser tampoco catoliquear y tener sentido común. Pedir enmienda á la Iglesia es pedirle á un giboso que ande derecho. La impenitencia es la nota característica de cuanto se roza con la teología.

Prueba al canto. Acabo de reprocharle á Ezequiel su indecente manera de hablar de las mujeres. Cualquiera podría pensar que aquello del pelo y esto de los menstros era todo lo más que un profeta podría permitirse. Pues el que tal crea, que atienda.

Capítulo XXVIII, versículo II y III.

«Hijo de hombre, hubo dos mujeres hijas de una madre. Ellas fornicaron en Egipto, en su mocedad fornicaron.» (¡Vamos! No les dió por fornicar de viejas, que es cosa insoportable para los cómplices): «allí fueron resobados sus pechos y maltratados los pezones de su pubertad.»

Con cuyas porquerías, que todavía son superadas en este mismo capítulo, cierro por hoy el pico, asombrado de tanta ignorancia y tanta pilería como han debido ser precisas, para que la

Biblia, donde estos pechos rebosados se contienen, aún en el día de hoy haya mentecatos que la consideren libro de sana moral y discretas enseñanzas.

Cierto que su mentecatez no tiene siquiera el mérito de ser propia de ellos. que no han leído la tal *Biblia*, sino especie de sarna intelectual que les han pegado por contacto la sotana del cura de Santa Cruz ó el sombrero morado del difunto obispo Caixal.

CLXIX

Dos enamorados son—decía el famoso P. Claret en uno de sus pintorescos sermones—como una olla de agua puesta al fuego, que, tomando calor poquito á poco, llega un momento en que hierbe y se derrama—bien sea por delante, bien por detrás, concluía con un muy picaresco retintín el célebre compinche de sor Patrocinio.

Muchas veces me había yo preguntado en vano, de dónde diablos habría el P. Claret sacado la olla de esta imagen filibustera; pero hoy puedo y debo declarar, que esa olla mística procede de la *Biblia*, y fué tomada á calidad de reintegro, de la cocina de Ezequiel, profeta y marmitón.

Dios, en efecto, el propio día y á la misma hora en que, por intermedio de Nabucodonosor, rey de los Caldeos, puso sitio formal á Jerusalén, envió un telegrama urgente á Ezequiel, en Babilonia, concebido en los siguientes términos:

«Pon una olla: Ponla, vuelvo á decir, y echa agua en ella. Mete en ella trozos de carne, todas porciones buenas, pierna y espalda, lo escogido y lleno de huesos. Toma la res más gruesa, y pon debajo de ella un montón de huesos: hirvió lo que se cocía en ella, y se cocieron sus huesos en medio de ella.»

Mientras Ezequiel, presto y bien mandado, se

entrega á estos cocineros pasatiempos (pues no es de creer en tan sandío profeta, que se contentase con oír el mandato y no le ejecutase). Jehová, bien boca á boca, bien por el teléfono (porque en Dios toda sabiduría se contiene, y, en consecuencia, ya conocería y aprovecharía, digo yo, en tiempo de Nabucodonosor, lo que un poco más adelante nos ha enseñado Edison) le explica ó revela, que tanto monta, al hijo de Buzi lo que todo aquel embolismo de la olla, del agua de los pechos y costillas de una res y los huesos de otra significa, no otra cosa que la sabida y resabida, contada y recontada de que Jerusalem sería tomada, arrasada, quemada y destruida por el babilonio.

Puesta la olla y hecha la revelación, á Ezequiel se le muere aquel mismo día por la tarde la mujer, pero Dios no le permite llorarla, y, chocándole al pueblo proceder tan estrafalarios, pregunta á su profeta qué vienen á representar tantas gerigonzas, á lo que éste contesta que significan, pura y simplemente, que nadie debe llorar ni afligirse por la degollina que iba á realizarse en Jerusalem.

Está bien, muy bien, perfectamente bien, esto de afligir á un hombre, degollarle lo que más ama, y prohibirle llorarlo. ¿No resulta el colmo de la tiranía?

Pido venia al lector amable y discreto para dar un salto de ocho capítulos mortales, en que Ezequiel se dedica á profetizar, sin que nadie le vaya á la mano, la destrucción de los ammonitas, de los moabitas, de los idumeos, de los filisteos, de los tirios, de los sidonios y de los egipcios, por el crimen de haber tratado á los israelitas en diversas ocasiones con mucha menos ferocidad que su buen padre, el alto y poderoso Jehová. Esta materia profética es tan tonta como enfadosa, indigna de discretos y amables lectores: la dejaremos, pues, servir de tripa y bulto á

la *Biblia*. Lo único que de ella me permitiré sacar á la vergüenza, es un versículo del capítulo XXVII, que se roza con los españoles, y que dice así, refiriéndose á Tyro:

«La Grecia, Túbal y Mosoch, también factores »tuyos: esclavos y vasijas de cobre trajeron á tu »pueblo.»

Este Túbal, dice el P. Scio, que somos los españoles, que tuvimos á tan honorable desconocido por padre común. Sea de ello lo que quiera, bueno es saber que en tiempo de Nabucodonosor, España exportaba á Tyro excelentes cacerolas de cobre; pues así se demuestra que en tiempo de Sagasta, que lo más que exportamos son trabajadores hambrientos á la República Argentina, andamos mucho más adelantados en punto á tráfico mercantil. En cambio, pues no todo han de ser gollerías, gozamos los beneficios de dos reyes, uno abuelo y otro nieto, y de dos reinas, una madre y otra abuela, que hacen cuatro partidas de la lista civil, con más millones de reales que bendiciones pueden echarnos los 62 obispos y arzobispos que pagamos al efecto.

¡Y váyanse las cacerolas, aun siendo aprovechables para hacer ochavos, al diablo, ó á Tyro, que es lo mismo!

Después de estas escurribandas, Ezequiel defiende con bastante habilidad su oficio de profeta, diciendo que los que no le hacen caso morirán sin que nadie, ni Dios en persona, reclamen su sangre, mientras que los que le hagan caso morirán también, pero con el consuelo de irse al infierno. Tiene el capítulo en que estas monsergas se especifican algo que conviene sacar de entre la paja que lo envuelve, para examinar qué clase de grano sea.

«En cualquier día que el justo pecare, su justicia no le librará: y en cualquier día que el »impío se convirtiere de su impiedad, la impiedad

»no le dañará: y el justo no podrá vivir en su justicia, en cualquier día que pecare.»

O el cristianismo no significa nada en el mundo, ó es la ampliación y desarrollo de esta doctrina: «en cualquier día que el impío se convirtiese de su impiedad, la impiedad no le dañará.» ¿Qué se levantó á decir el Bautista en su desierto? Que era llegada la hora de la penitencia universal. ¿Qué sostuvo el hijo del carpintero en sus predicaciones? Que los hombres se arrepintiesen y enmendasen, pues su impiedad anterior no les sería contada. Y, siendo esto así, ¿en qué puede justificarse el odio del cristiano al judío, cuando la doctrina del primero es pura y simplemente la doctrina del segundo?

¿No les es común también esta atroz doctrina «en cualquier día que el justo pecare, su justicia no le libraré?» Tenorio, subiendo al cielo, abrazado á su querida de una hora, en tanto que el Comendador desciende al infierno bramando de ira, al ver que el galanteador le sopla al fin en el Empireo la hija, es el desarrollo más lógico y natural de este versículo ezequielero.

A Ezequiel le pasaban en materia de comunicaciones, cosas no menos raras, aunque en sentido diametralmente opuesto, que nos pasan á los españoles desde que Sagasta vinculó en Mansi la Dirección general de Correos y Telégrafos por juro de ineptitud. Las cartas de Ezequiel, á semejanza de la purga de Benito, llegaban á su destino antes de ponerlas en el buzón. A una comunicación telegráfica directa é instantánea me he visto precisado á recurrir para explicarme que el profeta supiese en Babilonia la noticia del sitio del Jerusalem por Nabucodonosor, en el mismo punto y hora que este famosísimo bárbaro plantaba sus máquinas de guerra frente á la ciudad maldita. La toma de ésta y su asolamiento súpola Ezequiel veinticuatro horas antes que trajese la noticia de ella un escapado de la degollina.

¿Cómo? ¿Por quién? Lo ignoro. Sólo puedo decir que la mano de Dios, no sé si la izquierda ó la derecha, anduvo en el negocio, y que el profeta, en vez de llorar y afligirse, rompe á gritar que aun los perdonados de la carnicería caldea, se rian rebuscados en las cuevas y en los montes por Jehová, para hacer de ellos salchichas con que satisfacer su hambre de justicia.

¡Oh, el mansísimo cordero!

Llamando pastores á los gobernantes, Ezequiel nos encaja un sermón profético de política trascendental, en que por fuerza de la comparación aparecemos los ciudadanos en la ignominiosa figura de ovejas, sin respeto siquiera al sexo, que parecía exigirle llamarnos carneros. Pero dejando este detalle á un lado, resulta que los pastores, no contentos con trasquilar y ordenar las ovejas, las descarrían, y, finalmente, se las comen; con lo cual podría presumirse que se acababa el gobierno ó el pastoreo. Pues no es así. Dios Nuestro Señor, dispuesto á remediar el daño, en su infinita sabiduría, en vez de suprimir las ovejas ó los pastores, ó hacer que las ovejas se pastoreasen á sí mismas, levanta sobre todas ellas *un sólo pastor*, que, sin que nadie le vaya á la mano haga de ellas mangas y capirotos, rasgo de ingenio encantador, sólo comparable á esta sentencia del bueno de San Gregorio, con respecto á los reyes: *los que son dignos, dice, de tantas muertes, cuantos son los ejemplos de perdición que dan á sus súbditos.*

¡Oh, Isabel! ¡Oh, Catalina! ¡Oh, Luisa! ¡Oh Antonieta! ¿Cómo fuera posible que murieseis una sola vez, de haber juzgado San Gregorio vuestra dignidad?

Abro otro paréntesis, para dejar en él descansar á lo largo el cap. XXXV, en que á los idumeos, gente incircuncisa y apaleadora de Israel, se les anuncia su ruina y desaparición, pues no

gusto de jugar la carambola profética por tabla, sino de bola a bola.

Post nubila fœbus es una frase con vistas á la teología; puesto que Ezequiel, cansado sin duda de anunciarnos, digo, de anunciarles á los judíos ruinas y cataclismos, aflojando las cuerdas y bordones de la vihuela en que Jehová le daba hechos sus sermones *et factus est sermo Dei ad me*, dice el texto, comienza á profetizar en tonos más suaves y melosos, que lo de la total destrucción del pueblo rebelde se quedaría en pura figura retórica, ó en inofensiva agua de cejrajás.

El bondadoso Dios de las matanzas y degollinas, por un ascenso de piedad, determina perdonar á los que no puede concluir, y con ellos fabricarse, el tiempo andando, un pueblo sano de corazón y alegre de entendimiento, que le crucifique á su Unigénito cuando se decida á darle á luz. El establecimiento de este nuevo reino de Israel, se le muestra á Ezequiel de una manera estrambótica, amén de espeluznante.

Agarrado del cogote, ó de cualquiera otra parte, la consabida mano de Dios lleva á Ezequiel á un campo, repleto de huesos, no sé si de hombres ó de cuadrúpedos, porque el texto no lo especifica, á los cuales, por orden de Jehová, el profeta endilga un discurso, á modo de voces de mando de un cabo de instrucción. «Huesos, les dice, huesos secos, oíd la palabra de Dios.» «Vivid, les grita, y los huesos se ponen tiesos. Ajustaros los unos con los otros, les ordena, y los huesos, buscando cada cual su compañero, se ponen en correcta formación de esqueletos, que á las repetidas voces de mando de Ezequiel se entrelazan con nervios, se ataivan de carnes, se animan por un espíritu de vida y se ponen á danzar y retocilarse.

Dado este procedimiento de reclutar ejércitos, ¿quién extrañará que Jehová se proporcionase,

allá en los tiempos bíblicos, pueblos que le adorasen y luego le escarneciesen, y, por último, le crucificasen el Hijo en el Calvario? Hijos de tan mala madre, como es una fantasía que en tan disparatados sueños se complace, ¿que bueno podrían dar de sí?

Volveré á Ezequiel, que está esperando, con una caña en la mano derecha y una cuerda de bramante en la izquierda, á que yo me ría de la tristísima figura que hace con semejantes administrículos.

Antes de emplearlos en aquello á que la providencia de Dios los tenía destinados, Ezequiel se me entretiene por espacio de dos capítulos en profetizar contra Gog y Magog, diciendo de ellos y para ellos un montón de tonterías.

Quizá, lector discreto, pretenderás que te explique quiénes fueron este Gog y este Magog.

—No lo sé, y, francamente, los mil un comentaristas bíblicos, que han emporcado el sucio texto con inacabables anotaciones, tampoco debieron saberlo, porque tan pronto dicen que fueron los escitas, como que debieron ser los tártaros. A mi entender, Gog y Magog fueron para los israelitas el Coco, representación de un peligro lejano y desconocido, que les había de caer sobre las costillas en forma de muchos palos y coscorrones que les habían de dar los hombres del Norte. De estos ejércitos fantásticos, que habrían de caer sobre Israel, á pesar del miedo legendario, dieron, al menos proféticamente, cumplida cuenta los judíos, pues los hicieron gigote á todos ellos. Tanto gigote hicieron, que parece necesitaron siete meses para enterrar los muertos de un combate, que hubiera sido brillantísimo, á no resultar puramente imaginativo.

El pobre Gog, debo advertir que merece por su cruel destino mis más dulces y caras simpatías; y, además, porque debió ser algo así como tío ó primo de nosotros los españoles; pues siempre

que Ezequiel le nombra, añade estas palabras: *principe de la cabeza de Mosoch y THUBAL*. Y este Tubal, ¿quién que haya leído la primera página de la Historia General de España, del jesuita Mariana, ignora que es el padre, putativo al menos, de todos los que nacimos del Bidasea al Guadalete, aparte los Borbones y otras familias extranjeras?

Entre las majaderías sobresalientes de estos dos capítulos, deben contarse unas palabras en que Jehová explica que su presencia sólo lo trastornará todo, hasta los peces del mar, que, al verle darán diente con diente; y otras en que promete a los cuervos, águilas, milanos, y demás aves de rapiña el opiparo banquete de una matanza. Al leerlas, le entran á uno ganas de transformarse en buitre para refocilarse en esa especie de *diner Lhardy*.

Quedamos en que Jerusalem había sido arrasada. De ella y su templo no habían quedado piedra sobre piedra, ni dos míseros maderos bien amachiembrados. Pues bien, catorce años después de este desastre, cuando ya hasta la ceniza del incendio habría sido arrastrada por los vientos, Jehová coge de los barbones á su profeta Ezequiel, le lleva por arte de encantamiento á Jerusalem, la planta con una caña, como he dicho, en una mano, y una cuerda en la otra, en medio del monte sacro y le muestra en pie y en todo su esplendor el Santo Templo, todo el consagrado recinto, con todas las teológicas y monárquicas dependencias, haciéndole medir con la caña y con la cuerda, los muros, las puertas, el altar, los angelotes, los frisos, los pavimentos, todas las partes, en un, de la gran fábrica salomónica, de la que estos capítulos, con pretensiones proféticas, constituyen una mediana descripción, un diseño, que dice Ezequiel, para que por su intermedio pueda el pueblo de los desterrados, si algún día vuelve al país, reconstruirle tal y

como lo ordenó Dios primitivamente á Moisés.

No hay en toda la *Biblia* cosa más ridícula que estos capítulos: el altar, un codo; la puerta, una caña; el muro, doscientas cuerdas... Dejémoslo en toda su matemática integridad, para que los mentecatos católicos se extasien admirando la sabiduría de su Dios, que ignora la relación exacta de la circunferencia al diámetro, y derrocha su sabiduría trazando una fábrica que avergonzaria á un arquitecto de nuestros días.

No contento con el diseño del Templo, en su codicia restauradora. Ezequiel manda ó aconseja á los suyos (porque no sé propiamente si era mandamiento ó consejo) que cuando vuelvan á la tierra, la repartan del mismo modo y manera que antaño lo estuvo; quiere decir, guardando lo mejor de ella para los levitas, ó sacerdotes, que, como servían el altar, del altar debían de vivir, á costa de sus primos de las otras tribus.

¡Admiremos una vez más, cómo en este pícaro mundo se perpetúan las primadas! Aun hoy es el día que nosotros los españoles, cuyo honor consiste en no tener parentesco alguno (¡gracias á la Santa Inquisición!) con ninguna de las doce tribus, somos tan primos de los levitas, ó sean los sacerdotes del Altísimo, como los infelices descendientes de las otras once familias que salieron de los lomos de Jacob, viniendo á pagarles los diezmos y primicias en contantes y sonantes cincuenta y dos millones de pesetas.

¡Si seremos primos!

CLXX

Dicho como he, que Ezequiel con su caña en una mano y su cuerda en la otra, determina profética y tontamente las medidas que tenía el abrasado templo, para que pudieran aprovechar las noticias los restauradores futuros del mismo, realmente tengo en substancia acabados los comentarios posibles á este libro que, como los li-

najes, al decir de D. Quijote, acaba en punta. Pues entiendo yo que punta, y muy aguda, es una descripción insulsa, para remate de una obra que comenzó con aquel aparato de nubes fantásticas y maquinarias absurdas que soñó Ezequiel á orillas del río Cedar. Nuevo dato para enviar de paseo á toda esa caterva de admiradores cursis de la *Santa Biblia*, que se llenan la boca, sin haberla leído ni entendido, con esas frasecillas vencionales: «es el libro de los libros: el compendio de toda la sabiduría antigua: la más perfecta y acabada obra de moral: un monumento histórico de inapreciable valor: una fuente viva de belleza literaria, etc., etc.»

Aunque si el libro en sí es tonto, advertiré que, ni el que le escribió, ni los que le inspiraron tenían pelo de tal. Fundadores, ó restauradores mejor dicho, de una religión que es la única verdadera, nada olvidan, absolutamente nada que pruebe la divinidad de su origen; nada, repito, ni aun la cocina; porque en los negocios teológicos, como en los de la guerra, tripas llevan corazón, que no corazón tripas.

Véase, en comprobación, cómo el ángel del Señor habla á Ezequiel en el cap. XLVI, versículos XXI, XXII, XXIII y XXIV:

«Y me sacó al atrio exterior, y me llevó alrededor por los cuatro ángulos del patio: y he aquí un zaguante en el ángulo del patio, un zaguante en cada ángulo del patio. En los cuatro ángulos del patio zaguanetes dispuestos á lo largo de 40 codos, y á lo ancho de 30: de una misma medida eran los cuatro. Y una pared alrededor que cercaba los cuatro zaguanetes: y había COCINAS fabricadas alrededor debajo de los pórticos—y me dijo:—Esta es la casa de las COCINAS, en la que los sirvientes de la casa del Señor cocerán las víctimas del pueblo.»

En estas cocinas teológicas, y dentro de las sagradas calderas en que se cocían los carneros

toros, machos de cabrio, etc., estos sirvientes de la casa del Señor, que eran los sacerdotes y sus sacristanes metían unos garfios consagrados con que sacaban las mejores tajadas para ellos, sus mujeres, hijos é hijas.

El que no vea clarísimamente el espiritualismo que en estos pasajes inspira á la religión, es que está ciego; y el que no advierta que el alfa y omega de la teología son los estómagos sacerdotales, es que es memo.

Hostia es una palabra que tomada, no ya en broma, pero siquiera sea con cierta ligereza, pone los pelos herizados y la carne de gallina á los católicos, principalmente á aquellos que constituyen la inmensa mayoría de la selecta y son unos solemnísimos ignorantes. Para ilustración de estos pobres bolonios copiaré este par de versículos:

«Esto dice el Señor: En el mes primero, el primero del mes, tomarás un becerro de la vacada sin defecto (debería decir un becerro sin defecto de la vacada; pero lo dejo como lo hago para que se vea lo mal que escribía el P. Scio) y espíarás el Santuario. (Lo que quiere aquí decir es que se hará espíación por el Santuario, no que se ejercerá en él ó sobre él espionaje.) Y tomará el sacerdote de la sangre de la HOSTIA por el pecado: y pondrá en los postes de la casa, y en los cuatro ángulos del borde del altar, y en los postes de la puerta del atrio interior.»

Luego la Hostia (oid, vosotros, los que os escandalizáis), era un becerro, ó sease ternero, de esos que, difuntos, se encuentran á docenas en la plaza del Carmen, ó de aquellos otros que, vivos, suelen ser condenados á banderillas de fuego en la plaza de toros, según el texto del santo profeta Ezequiel. El untar con sangre tanto el altar como los maderos, es simplemente una porquería del culto de la religión revelada que, afortunadamente, han suprimido los que han trans-

formado la HOSTIA en un poco de pan sin levadura, cosa barata, sosa y simple, si las hay.

La moda, á cuyo imperio nada se sustrae, ni aun las religiones; esa volteriana de dad que ha transformado la Hostia-Becerro en Hostia-Panecillo, siguiendo una dirección contraria ha convertido los sacerdotes, que ni aún á los entierros de sus propios padres podían asistir, en una especie de sepultureros sin pala ni azadón.

Dice Ezequiel sobre el caso y la cosa:

Y no se acercarán á hombre muerto, para que no sean contaminados...

Estos que no debían ser contaminados con la presencia de los cadáveres son los sacerdotes, cuyos descendientes, por el orden de Melquisedech, convertidos hoy en saltatumbas en busca de responsos y ochavos, truenan, por conducto de *El Movimiento Católico*, periódico de la cámara ó de la camarilla episcopal, contra todas las empresas funerarias habidas y por haber, considerándolas con razón el enemigo directo e implacable de los bolsillos y estómagos clericales.

Convengamos en que si Moisés resucitara y volviera á escribir el *Deuteronomio*, que no escribió, no sería tan necio que se olvidara de este filón de explotación clerical que se llaman los responsos y misas de cuerpo presente, filón de oro y plata acuñados en que han convertido los curas aquella obra de caridad cristiana, titulada: enterrar á los muertos; obra de caridad á que está comenzando á hacer morisquetas la moda futura de quemar los cadáveres.

Otra de las cosas que sacan de quicio á los tontos católicos es oír hablar del matrimonio de los clérigos. Que un cura tenga una, dos, tres amas jóvenes y guapas, y que las remude anualmente, es cosa que á lo más les inspira una sonrisita picaresca ó tal cual palabra de leve censura. ¡Debilidades humanas, exclaman en los ca-

sos más lúgubres y trágicos á que semejantes tejemanejes clericales suelen dar lugar! Pero, ¡casarse los clérigos! eso ¡jamás, jamás, jamás! Un cura casado sería un escándalo viviente.

A esos tunos hipócritas y á los hipócritas tuantes que semejantes teorías sostienen y alimentan, conviene advertirles que los sacerdotes protestantes son casados, y que si Lutero y demás reformadores del siglo XVI autorizaron y hasta santificaron el matrimonio de los clérigos, es porque, como yo mismo, y todo aquel que ha estudiado detenidamente la *Biblia*, sabe que Dios, el Altísimo, Jehová, Adonai, ó como quiera llamarse al Padre del Hijo, al que desde allá arriba ha gobernado y gobierna (al decir de teólogos) el tinglado de la clerecía, tiene desde *ab initio* establecido y terminantemente ordenado que sus sacerdotes sean buenos maridos de buenas mujeres, y no barraganes de mozueltas sin vergüenza ó arrimados de viejas astrosas y pellejudas.

Así lo mandó en el Levítico. Mas, por si acaso, en el trancurso de tantísimos años y de tantísimas picardías, este mandamiento se había olvidado, le dice terminantemente á Ezequiel:

«Y no se desposarán (los sacerdotes) con viuda ni repudiada, sino con vírgenes del linaje de la casa de Israel; pero podrán desposarse también con viuda, que fuese viuda de otro sacerdote.»

¿Lo ois, hipócritas y mentecatos?—Los sacerdotes se casarán con vírgenes. La única excepción es la viuda de otro sacerdote.—¿Lo ois, ciudadanas católicas?—¿Aun iréis á oír misa de esos sacerdotes que, contra la voluntad de su Dios y la voz de la Naturaleza universal, os privan de las brillantes posiciones de sochantras, vicarias, obispas, canónigas, arcedianas, para reducirnos á la ignominiosa situación de amas? ¡Ah, pobrecillas solteronas, clamad porque se

cumpla el *Levítico* por los levitas! Quizá alguna de vosotras, si tal se hiciera, viuda de un chan-tre, se volviera á casar con un arzobispo metro-politano. ¡Ni aún esto os excita al combate, Hijas de María!

Y no rebusco más, que es Nochebuena, y en noche tal no se debe abusar de la teología, porque ella en sí misma es el fin y el principio y el medio de todas las teologías imaginables, puesto que en ella nació el Salvador del Mundo, que por cierto anda ahora tan quebrado como si tal Salvador no hubiese venido: pues aparte Sagasta, que ya es una calamidad, y el presupuesto del culto y clero, que es calamidad y media, y la monarquía hereditaria, que son dos calamidades, y una Cámara de yernos, que hacen tres docenas de calamidades, se nos ha entrado puer-tas adentro del planeta el *dengue*, que tiene to-siendo á media humanidad y á la chita callando, y como quien no hace nada, se lleva más gente al cementerio que el cólera.

¡Y eso que vino hace tantos años el Salvador! Si no hubiese venido, ¿andaríamos peor?

Resuelva este problema el que quiera y como quiera; á mí me basta saber que salgo de Ece-quiél con el *trancozo*, para acometer con Daniel y sus leones pluma en ristre; pero que en vista de cómo andan las cosas, debó poner y pongo á esta nota, aquella otra de los carteles de funcio-nes al aire libre:

¡Si el dengue no lo impide!

CLXXI

LA PROFECÍA DE DANIEL

Antes de recibir á Daniel por profeta y con-tarle el cuarto de los mayores, los sabios cató-ticos armaron muchos lios teológicos y disputa-ron como comadres atacadas de furor parlero.

Unos decían que el tal Daniel fué un cortesano

aprovechadito, más arrimado á los magos cal-deos que á los videntes judíos, intepretador de vanos sueños, y forjador de historias inverosí-miles. Otros sostuvieron que Daniel fué un pro-fetazo por la gracia de Jehová, con quien usó intimidades desmesuradas que le permitieron profetizar hasta del Antecristo, que ha de venir al fin del mundo, no sé si en forma de *grippe*, para que la humanidad concluya tosiendo sobre el poder de Poncio Sagasta, ó en figura de cas-trón, como le pintaron muchos intérpretes an-tiguos.

La Iglesia, acertada siempre, cortó la disputa decretando que Daniel escribió al dictado del Es-píritu Santo; y colocó su libro entre los canóni-cos, cosa que sinceramente le agradezco, pues por andar siempre de punta con los más eminen-tes teólogos, que le pusieron mil una tachas á esta profecía, á mí es la que más me gusta, y diera por ella la virgen que pare en Isaías, los lamentos de Jeremías, á Baruch y la caña de Ezequiel de añadidura. Pues como cuentos, y aun como historias, los cuentos y las historias de Daniel parecen, por lo estupendos ellos, y ellas por lo disparatadas, capítulos recortados de los más laberínticos y enrevesados libros de caba-llerías.

Mas si falta el sentido común á mucho de lo que dice Daniel, en cambio viene todo puntuali-zado, girando alrededor de su persona como una autobiografía llena de bombos y sandeces.

Lo primero que Daniel nos dice es que nació en Betoron y que descendía en línea recta del Santo Rey David, lo cual me guardaré yo bien de poner en duda, pues media tribu de Judá pre-sumía de venir derechamente de hombre que tantas concubinas había tenido y tal arte desple-gó en soplarle las damas, á sus capitanes.

Mas la sangre real que llevaba en sus venas, no libró de la esclavitud á Daniel, pues apenas